

TRABAJO, ESTRUCTURA SOCIAL Y LIDERAZGO

RAFAEL ALVIRA*

El liderazgo es uno de los conceptos clave en la literatura empresarial de nuestros días. Con frecuencia se aborda su análisis desde perspectivas psicológicas o de técnicas de dirección, todas ellas necesarias. En este trabajo se intenta, primero, dibujar la figura del líder desde el contexto sociopolítico de la sociedad moderna; después se quiere indicar la relevancia de la espiritualidad para su formación; por último, se aborda la relación del liderazgo con el problema del empleo.

Palabras clave: trabajo, sociedad, liderazgo.

ES CONVENIENTE, para poder centrar de modo adecuado el tema, de nuevo actual, del liderazgo, introducirlo mediante algunas reflexiones de orden general sobre el trabajo y la estructura social. Si no se hace así, es difícil ver su proyección real y su relevancia. Podríamos quedar, sin tal vez pretenderlo, excesivamente pegados a consideraciones psicológicas o de técnicas de gobierno, todas ellas necesarias,

pero que, a mi juicio, requieren el complemento de las que a continuación se quieren desarrollar.

TRABAJO

EN GENERAL, se puede decir que todo trabajo es una actividad, aunque no toda actividad sea un trabajo. Las actividades que realizamos de forma consciente se suelen denominar,

* *Rafael Alvira es Catedrático de Filosofía de la Universidad de Navarra.*

desde el mundo antiguo, de *ocio* y de *negocio*. Con los matices que se deban añadir, se trata de actividades que transforman al hombre en su interioridad -las de ocio-, o que transforman lo exterior que él usa en su beneficio -las productivas o de negocio-.

El trabajo, entendido como actividad y esfuerzo, se requiere en ambos casos, pero en sentido estricto se ha considerado siempre trabajo sólo a la actividad que transforma lo exterior útil. Durante siglos y milenios ésta fue también la razón explicativa de por qué se tenía por absolutamente superior al ocio con respecto al trabajo. El ocio, la actividad que *me transforma*, era *educativa*, me enriquecía como ser humano -era *humanista*-, mientras que la producción y el negocio cambiaban lo exterior para que me fuera más útil, pero no me enriquecían interiormente en cuanto ser humano.

Aquellos que disponían de tiempo libre, porque tenían las necesidades vitales básicas resueltas y no tenían apenas que trabajar, podían pertenecer -en principio- a la clase superior de los educados. Entre ellos se

contaban los propietarios terratenientes a los que los siervos les trabajaban la tierra, los guerreros en los tiempos de paz -que eran largos-, y los clérigos y religiosos célibes.

Tradicionalmente eran estas personas -las clases ociosas- las que formaban el grupo dirigente social. Ni siquiera los artistas de las *bellas artes* se encuadraban entre ellos, ya que su actividad era trabajo productivo, cuyo fruto eran objetos decorativos o que servían al agrado de la vida.

ESTRUCTURA SOCIAL

NO ES EXTRAÑO que de las mencionadas clases saliesen los dirigentes sociales pues, de un lado, tenían educación, es decir, la *visión universal* que ella ofrece, y, de otro, tenían tiempo libre para dedicarse a esa actividad directiva.

Ellos poseían la *propiedad* material y la espiritual (educación) y, junto con ella, la capacidad de *gobierno*, de asumir funciones directivas, y el *poder*, la disposición de los medios. Poder, gobierno y propiedad forman la triada básica del dominio social.

Los trabajadores, por el contrario, carecían de todo ello, o lo tenían en pequeña medida. Se establecía así una estructura social fuertemente jerarquizada, en la que el carácter meramente utilitario del trabajo implicaba el carácter principalmente instrumental, de servicio -servidores o siervos-, de las personas dedicadas al trabajo.

La forma del diálogo social respondía -como es lógico- a esa estructura: no se habla del mismo modo con un “igual” que con uno que no lo es. Y, a su vez, el estilo dialógico, hecho costumbre, contribuía a reforzar esa estructura.

Con frecuencia, y mucho más en esa época histórica, el que tiene la propiedad tiene también el poder y el gobierno, aunque estas tres realidades no siempre coinciden en la misma persona. Por ello, se puede decir que, en general, la forma de la sociedad viene dada sobre todo por el *sistema de la propiedad* y el *sistema del diálogo* que están vigentes en ella. Dado que para dialogar hace falta una cierta educación, -y ésta supone una propiedad espiritual del que la tiene-, y que para tener de

verdad una propiedad hace falta quererla y saber usarla, -comprender lo que se tiene-, el punto está en que la *forma de la sociedad* viene dada por la manera en que está *distribuida la propiedad*, tomada ésta en su sentido más amplio. Ahí está la clave de la estructura social.



Uno de los rasgos distintivos de la “modernidad” consistió justamente en su proyecto de cambiar a fondo, y no sólo en lo accidental, la estructura de la sociedad. La estrategia que empleó al efecto fue la de reivindicar la *primacía y el valor central del trabajo*, para lo cual se apoya, a su vez, en una filosofía y una concepción del mundo *niveladoras*. La reivindicación se lleva a cabo en diversos campos. Desde el punto de vista religioso se insiste en que Dios creó al hombre para que transformara el mundo: “creced, multiplicaos y dominad la tierra”, según dice el Génesis y nos recuerda Francis Bacon. Además, según Lutero, no hay *jerarquía* en el pueblo de Dios, y la revelación llega de modo particular a cada uno. Por ello, la Biblia se traduce para que la lean y entiendan

todos, y al trabajo del laico se le atribuye valor fundamental.

La nueva visión científica del mundo desmonta también toda jerarquía, y no hay astros superiores a la tierra, sino que el sol, la tierra, la luna y los demás astros son iguales en cualidad. Lo mismo pasa en la filosofía, que renuncia a las *formas substanciales* -toda forma es *distintiva*- y a las escalas de los seres. Además, se *matematiza* el universo.

En economía, toma cada vez más importancia el comercio -en el que no hay jerarquías-, por encima del fijismo jerarquizante de la propiedad de la tierra. Al final del proceso de aparición de la modernidad, con la *revolución* de finales del siglo XVIII, también el derecho y la política buscan la igualdad niveladora.

¿Por qué somos todos iguales? ¿Por qué todos sabemos y tenemos ocio; porque todos trabajamos en una sociedad nivelada, en la que ya no hay siervos; porque se ha borrado la diferencia entre ocio y negocio; porque el negocio es superior al ocio; o porque se considera que el ocio debe desaparecer? La respuesta es que somos iguales -

en la sociedad moderna- por todas esas razones, y ello lleva consigo la instauración de una nueva estructura social, en concreto la que podríamos llamar *sociedad del trabajo*.

En ella todos somos esencialmente iguales porque, al menos presuntamente, todos somos *trabajadores*, y además esto es lo que nos caracteriza. Si uno sabe y otro no, y el saber, el estar “interiormente” educado, es lo fundamental, entonces hay jerarquía. Pero si la diferencia es que uno trabaja más o mejor y otro menos, la diferencia está en el mero *rendimiento*.

Somos iguales porque: 1) se busca la educación general y el acceso de todos a un saber que no tiene “grados”; 2) porque toda riqueza se convierte en móvil, y es menester aprender a negociar y trabajar en el negocio, si se quiere sobrevivir; 3) se considera, de otra parte, que lo más importante en el hombre es la *libertad* en la cual todos somos iguales y para gozar de la cual tan necesarios son los bienes exteriores como los interiores; 4) aún más, se piensa que la *contemplación* o es puro entretenimiento -descanso físico o psíquico- o no

es nada, porque se niega que pueda haber contemplación de Dios. Por ello, los saberes productivos y de negocio, son superiores a los del ocio; 5) por último, se sacan las consecuencias finales y se afirma que el ocio, en sentido clásico, es inútil, pues si no hay Dios o no podemos conocerlo, el enriquecimiento interior, espiritual, no puede ser más que esteticismo.

Esta última conclusión es a la que llega agudamente, ya en el siglo XIX, Friedrich Nietzsche, cuando sostiene que “el trabajo ateíza”, y que no queda más que “filosofar con el martillo”.

Así pues, la primacía del trabajo se corresponde con una estructura social nivelada, en la que las únicas diferencias son cuantitativas o de rendimiento.

Sin embargo, esa nivelación, que parece la quintaesencia de la sociedad democrática actual, no se hace presente de una forma tan fácil y clara como quizá cabría esperar. La explicación de ello se encuentra, al menos en buena parte, en la interpretación liberal de la democracia.

El liberalismo acepta la divisa revolucionaria, pero pone el énfasis en la libertad sobre la igualdad, y no insiste en la fraternidad. Todos somos iguales y no hay diferencias *cualitativas*, pero aquello en que somos iguales es la substancia misma de nuestro ser, o sea, la *libertad*. Ella no puede ser forzada, y, por eso, no se puede *exigir* la fraternidad. En esto el liberalismo clásico se diferencia de su pariente más cercano, el anarquismo, que sostiene la idea -más radical en su lógica- de que sin fraternidad la libertad rompe *de facto* la igualdad.

La igualdad cualitativa se mantiene, y todos somos trabajadores, pero la *división del trabajo* y la *desigual repartición del capital*, consecuencias ambas de la libertad, hacen que el que cualitativa y oficialmente ya no es siervo, lo sea, sin embargo, *de facto*. Esa es la estructura de la sociedad burguesa, sociedad del trabajo y, con todo, no igualitaria.

Y, sin embargo, una sociedad cuyos principios son la libertad individual y el trabajo difícilmente puede permitirse ese lujo. Se pueden admitir, sí, desigualdades puntuales, cir-

cunstanciales, por muchas que sean, pero no una estructura “desigualitaria”, porque si la división del trabajo y la desigual repartición del capital se perpetúan, da lo mismo que los sujetos individuales tengan la posibilidad siempre abierta de cambiar de sitio en la escala social: permanece el problema de que unos están arriba y otros abajo. Y el de abajo es “siervo”, con la consecuencia de que existen libertades formalmente reconocidas, pero falta libertad real.

Este problema es el que empuja a Carlos Marx a sostener su conocida tesis de que es preciso acabar con la división del trabajo y la desigual distribución del capital. Según las condiciones modernas de pensamiento, ésa era la conclusión lógica, esa era la forma de salvar la democracia.

El fracaso histórico del marxismo ha sido, a la vez, el fracaso de una estructura social y de un método. Con respecto a lo primero, la experiencia es tan universal y espectacular que no es preciso aquí insistir más. Y cabría “profetizarlo”, pues no hay desarrollo económico duradero ni motivación para el trabajo sin propiedad

privada. Así, una filosofía economicista basada en el trabajo, como es la marxista, generó estancamiento económico y niveles mínimos de trabajo.

Con respecto al método, la dificultad conocida de la democracia es armonizar libertad e igualdad. El método –y al tiempo, el mito– liberal es que la libertad traerá la igualdad. El método y mito socialista-marxista es el contrario: la igualdad traerá la libertad. Pero no la trajo.

LIDERAZGO

AMBOS MÉTODOS, de todas formas, se encuentran con un problema común: *quién dirige la sociedad*. Se trata de un asunto más complicado de lo que parece. Si no hay diferencias, y si la libertad individual es un principio absoluto, no hay *autoridad*. Una sociedad de hombres libres e iguales no requeriría *mediación de autoridad* alguna. Pero eso es utópico. Encontrar gobernantes que no sean *jerarcas*, que no se diferencien de los demás, fue un deseo de la democracia ya desde el primer momento revolucionario, pero nunca consiguió cumplirlo.

El socialismo marxista intenta solucionar el problema mediante el recurso a *funcionarios* que deberían ser, según el autor de *El Capital*, administradores de cosas, y no gobernantes de personas. El liberalismo deja el asunto en manos de los *emprendedores* y *organizadores*, y en un pequeño grupo de representantes del “Estado mínimo”.

Si la solución del radicalismo socialista se ha mostrado totalmente inadecuada, tampoco el dibujo del liberalismo puro resulta del todo bien. Bastaría aludir aquí a la dura oposición que los “comunitaristas” ejercen en los EE.UU. frente a los liberales. No está claro si algunos principios comunitaristas son plenamente democráticos, pero en cualquier caso es siempre cierto que la sociedad necesita de personas que tengan capacidad de convocatoria, de integración y de transmitir entusiasmo. No basta el empresario que firma meros contratos de trabajo con sus empleados, para que la sociedad se estructure.

De aquí la insistencia actual en la importancia del *liderazgo*, término y concepto

cuyo éxito -particularmente en el mundo americano- no deja de sorprender. Fueron, en efecto, los fascismos los que más utilizaron esa idea, precisamente para responder al problema de la integración democrática.

Más allá, sin embargo, de la peripecia histórica del término, y de su uso presente en el lenguaje de la *cultura empresarial*, es indudable que toda sociedad necesita personas que sean capaces de vertebrarla. La pura *libertad* individual no articula nada, y tampoco la *igualdad*. De ahí que los primeros pensadores democráticos añadieran la *fraternidad*. Pero ella nunca fue tomada en serio en Europa, salvo por los anarquistas, que no se mostraron capaces, sin embargo, de hacerla verdaderamente real. En nuestros días, la fraternidad vuelve a primer plano, expresada con el término solidaridad, usado en la enseñanza social de la Iglesia, en primer lugar, y luego tomada también por las ONGs. Pero el individualismo ambiental es tan fuerte que la solidaridad se presenta como un añadido, importante para corregir los defectos del sistema, pero no esencial a él.

En los EE.UU. la idea de una libertad que atiende a la sociedad estuvo siempre más desarrollada. Existe la conciencia de que cada uno debe contribuir a las instituciones de educación, cultura, beneficencia, tan necesarias para el bien social, y que todo ello es responsabilidad del ciudadano, de la sociedad civil, y no del Estado. Pero una cosa es contribuir -generalmente con dinero, y a veces también con trabajo- al bien común, y otra muy diferente integrar y motivar a la sociedad. Es decir, se necesita la figura del mediador, integrador o "líder".

Para ser líder, hace falta poseer varias cualidades. De un lado, conocer bien los principios, la historia, la estructura, el modo de ser de aquella institución o de aquel grupo de personas que se va a liderar. De otro, tener una idea suficientemente clara de en qué dirección se quiere ir, qué bienes se proponen para alcanzar, y de qué modo. Por último, mostrar una capacidad moral que coloque fuera de toda sospecha. Es decir, las personas lideradas sólo aceptarán la dirección si comprueban que el líder trabaja

por el bien común, y no sólo por el propio.

Dicho en otros términos, el líder ha de ser alguien que encarne lo *universal*, tanto en el plano del *conocimiento* como en el de la *voluntad*. Si tener una inteligencia y una *visión* amplia de lo complejo de la realidad no parece estar al alcance de todos, mucho más difícil es tener una voluntad entrenada para el bien universal.

En concreto, éste es un tema no resuelto por los tratadistas clásicos de la democracia. Si el *pesimismo* antropológico de Hobbes parece inaceptable, más irreal aún es el *optimismo roussoniano*. Y las soluciones intermedias, como, por ejemplo, la de Locke, no muestran en todo caso más que una comprensión *moderada* de la naturaleza humana, pero nunca razones por las cuales alguien debiera asumir la iniciativa de *responsabilizarse de la sociedad*. Para esto último es para lo que hace falta una *voluntad universal* o, si se quiere, una voluntad preparada para hacer el *bien común*.

Si examinamos, a su vez, las tesis básicas de la nueva economía política, vemos que Adam Smith, de modo seme-

jante, dibuja la imagen de un ser humano trabajador, que quiere ejercitar el buen trato social y el respeto a los demás, pero tampoco cree que alguien deba sentirse obligado a asumir la responsabilidad de integrar y mejorar la sociedad. La figura del líder, sin embargo, tal como hoy se concibe para la empresa, refleja una filosofía social cercana a la mantenida por la enseñanza social cristiana. En ésta se insiste en la necesidad de trabajar por el bien del prójimo y en la importancia de respetar a cada una de las personas; se subraya también la necesidad de huir del economicismo, y se rechaza la supremacía social del mercado.

Eso quiere decir, en lo que respecta al tema que nos ocupa, que un verdadero líder no puede ser alguien que simplemente consiga que los empleados de su empresa se entusiasmen más con ella, trabajen mejor y rindan más, sino alguien que sienta la responsabilidad de la *mejora humana* de todos, de la mejora de cada persona y de la sociedad.

Un líder cuya filosofía sea meramente economicista, será un simple experto en sacarle

más rendimiento a la gente, pero eso no es lo que la gente espera. Hay una sensación de esperanza frustrada, implícita o explícita, en muchos empleados del mundo occidental, que representa un fenómeno humano duro y más profundo de lo que parece.

Esa esperanza frustrada es la consecuencia de que existe siempre una conexión fuerte, una especie de *corriente de vida* entre el líder y las personas por él lideradas, pero la percepción, por parte de éstos, del interés primordialmente económico y “externo” del líder, rompe la magia de dicha relación.

La tesis del liberalismo radical clásico, según la cual las personas libres y emancipadas no necesitan “directivos” de su vida, no responde, a mi juicio, a una antropología adecuada. Por el contrario, el ser humano necesita siempre espejos - ejemplos- en los que mirarse, y personas que le ayuden a caminar en los diversos aspectos de su vida. Vivir, para el ser humano, es esencialmente *vivir con otros*, lo cual quiere decir que todos y cada uno necesitan la *ayuda* de los demás

para desplegar cada dimensión de su vida.

Pero *dar ayuda* no sólo en aspectos accidentales, externos, superficiales, supone hacerse cargo de la propia responsabilidad con respecto a las otras personas. Y eso presupone *visión intelectual, fuerza y generosidad de voluntad* y tener *algo interior que dar*. No se puede ayudar si no poseemos nada que entregar a los demás.

ESPIRITUALIDAD

AHORA BIEN, *riqueza interior, voluntad generosa y visión* configuran lo que se suele llamar una *espiritualidad*. Por eso, un punto relevante para nuestra sociedad es que los nuevos líderes tengan, precisamente, una espiritualidad. Sin ella, no es posible trabajar de verdad por el bien de los demás. Con una mera simpatía genérica se hacen muchas cosas buenas, pero no se puede, a medio y largo plazo, hacer mejorar a las personas.

Y éste es quizá el punto clave que ha faltado en la sociedad liberal. Ella ha traído muchos beneficios: la atención a las libertades individuales es una ganancia indudable; la

concepción activa y vital de una economía siempre en crecimiento, unida al progreso tecnológico, es una aportación magnífica. Además, no se puede decir que, sobre todo en sus orígenes, la economía liberal estuviera fuera de las preocupaciones éticas. La economía liberal-capitalista es un instrumento formidable, mientras que la socialista no existe.

El problema está en que una antropología que no se da cuenta de que -más allá de las acciones individuales correctas e interesadas- cada persona se ha de hacer cargo, en la medida de sus posibilidades, de la sociedad, no responde plenamente a la verdad de lo que es el hombre. Y esto vale, en primera línea y de forma especial, para aquellos que tienen capacidad de liderazgo.

Occidente no es hoy una sociedad estructurada, articulada, gobernada por tanto, por personas que buscan el *bien común* -el bien total humano-, en el que se incluye el justo beneficio económico, sino que es una sociedad desarticulada en la que unos buscan primariamente el beneficio económico y otros cobran por atender al débil desde el Es-

tado y entidades análogas. Todo el liderazgo es, de este modo, ficticio: unos lo asumen para la propia ganancia empresarial -aunque también repercute en el beneficio de otros-, y otros para su beneficio político -aunque también trabajen en favor del pueblo-.

Pero siempre la cuestión crucial está en que no es lo mismo el "correcto individualismo" según el cual cada uno busca su interés y, *de paso*, hace algún bien a los demás, que la tesis antropológica según la cual para cada persona -y particularmente para los líderes, pues el que más puede más debe- es una *obligación* moral ocuparse, responsabilizarse, de los demás.

La falta de esta última conciencia ha vaciado a Occidente de *humanidad*. Pero, como queda dicho, no hay humanidad porque no hay *espiritualidad*. Del mismo modo que -como dicen unánimemente platonismo y cristianismo- la naturaleza no alcanza su perfección más que desde la fuerza sobrenatural, de tal manera que, sin ella, lo natural nunca es suficientemente natural, también se puede decir que *lo humano en el hombre* se alcanza desde la espiritualidad.

Por ello, cuando ésta falta, las acciones del individuo se tornan, en mayor o menor medida, inhumanas.

La espiritualidad incluye el despliegue de un mundo *interior* en la persona, y de un *sentido de responsabilidad* con respecto a los otros, todo lo cual confluye en la configuración de una actitud vital profundamente ética. El hombre espiritual es el que sabe que la realidad vale más que el beneficio meramente material que se puede obtener en ella. Al ser generoso sabe que no pierde, sino que gana. Del mismo modo que aquel que tiene la generosidad de *invertir económicamente* gana más que el avaro, cuyo único interés es atesorar para él, el que es espiritual sabe que al abandonar la avaricia de ocuparse sólo de sí mismo, para responsabilizarse de los demás, gana extraordinariamente en su humanidad. Pasa, como decían los griegos del mundo clásico, de ser *idiota* -ocupado sólo de sí mismo- a ser un hombre *noble*. Como se lee en el Evangelio, sólo el que pierde su vida -meramente privada-, la ganará -la vida noble-.

Así pues, toda espiritualidad supone algo más que el mero

desarrollo de un “mundo interior”. No hay interioridad sin exterioridad, y por eso una interioridad humana que no toma en serio el hecho de que tiene *ante sí y fuera de sí* a otra persona, es una interioridad, abstracta, imaginativa o meramente intelectual. Si cada uno quiere que le tomen, que le consideren de forma absoluta, es decir, como pedía Kant, si cada uno quiere no ser tratado como un puro medio o instrumento, entonces ha de tomar también a las demás personas de forma absoluta. Lo cual implica necesariamente el *ocuparse* de ellas, el hacer algo por ellas.

La espiritualidad, por tanto, no puede ir desligada del trabajo. Históricamente, la imagen más frecuente del hombre espiritual era la de aquel que, en mayor o menor medida, se retira del mundo para poder zambullir su alma en la divinidad. En la tradición católica, fue sin embargo sentida de modo creciente la necesidad de una espiritualidad volcada en favor de los demás, a través de los cuidados de la salud, la educación y la beneficencia, fundamentalmente.



Con todo, el líder actual precisa todavía de algo más, pues no se trata sólo de llevar el bien a los demás y a su trabajo, todo lo cual es de suma importancia, sino también de descubrir lo espiritual del trabajo mismo.

Vivir es estar activo, y todos lo estamos de un modo u otro. Pero, se decía aquí al principio, una cosa es la actividad y otra el trabajo en sentido estricto. Éste es *negocio, producción de algo externo* que queda fuera y que según se suele decir, no nos enriquece *interiormente*. Ahora bien, si el trabajo no interioriza, entonces es posible que tuviera razón Nietzsche cuando afirmaba que “el trabajo ateíza”.

Para que el trabajo, por el contrario, interiorice, es preciso que cumpla algunas condiciones:

a) Tenemos que enriquecernos educativamente con él, hemos de cultivarnos. Para lo cual es menester considerar que tanto la *naturaleza física* como la *acción práctica* son libros en los que podemos leer las profundidades de nuestro ser.

b) Hemos de verlo como un lugar de entrenamiento y ejercicio de las virtudes morales.

c) Particularmente, hemos de considerar que todo trabajo se hace como un regalo para los demás, o que, dicho de otra forma, en cada trabajo se puede transfundir nuestra vida hacia la de los otros. Al trabajar así, cumplimos el mandato espiritual de dar nuestra vida para los otros.

d) El mundo material está en las manos del hombre para que lo cuide y perfeccione. Cuidar y perfeccionar la creación es una obligación.

Todo lo cual implica a Dios en cada trabajo, si se puede hablar así, espiritual y civilmente al mismo tiempo.

EMPLEO

EL ÚLTIMO PUNTO es el relativo al problema del *empleo*. En la sociedad antigua -y algunas de sus formas han sobrevivido en Occidente hasta hace relativamente poco tiempo, sobre todo en algunos países europeos e iberoamericanos- lo más anhelado era vivir bien sin tener que trabajar. En la sociedad actual, por el contrario,

incluso los que pueden vivir bien sin trabajar se deprimen si no tienen un puesto o un empleo. El trabajo no es hoy sólo un medio para asegurar la subsistencia, ni tampoco sólo el medio para lograr la integración en sociedad, sino que se ha convertido en una necesidad psicológica. Esto es consecuencia de la presión del ambiente producido por la filosofía social y la antropología modernas.

Sin empleo, hoy día muchas personas, dado que no saben vivir el ocio en sentido clásico, ni tienen ninguna espiritualidad, no saben qué hacer. Además, se sienten humillados y marginados.

Sin duda, es preciso -como ya se hace- poner todo el esfuerzo en reducir al mínimo posible el desempleo. Todas las medidas eficaces para reducirlo -y la economía actual ya ha puesto en marcha una variedad de ellas- son importantes. Con todo, lo que aquí se quiere subrayar es que:

a) El problema del desempleo es complejo y su gravedad depende de la filosofía social en la cual se encuadra. Si se puede hablar así, es una cuestión que no puede resolverse

sólo -como hoy se intenta- con medidas económicas, o, más bien, economicistas.

b) En la solución del problema tienen que jugar un papel decisivo líderes como los aquí señalados.



Con respecto a lo primero, se puede comenzar a estudiar el tema mediante la referencia a una cuestión con ella muy directamente relacionada y que hoy está también de actualidad. Se trata de la presencia de la mujer en el mundo del trabajo.

Las mujeres reivindican su plena entrada en el mercado laboral, y solicitan el no ser objeto de ningún tipo de discriminación al respecto. Han pedido, durante mucho tiempo, que las empresas les facilitasen ser empleadas y madres de familia al mismo tiempo, pero en los últimos años este tema ha perdido fuerza. Ello se debe, por un lado, a que se dan cuenta de que, aunque tengan toda la legislación a favor, el tiempo dedicado a los niños y a la familia les roba capacidad competitiva; y, de otro lado, el consumismo y el hedonismo ambientales les hace perder in-

terés por lo que clásicamente se consideraba una familia con niños.

Poner *cuotas* para imponer un determinado número de mujeres en las organizaciones es, por otra parte, un procedimiento más que dudoso desde el punto de vista económico y pura demagogia política, pero es, sobre todo, humillante para las mujeres. Desde este punto de vista lo único digno es el principio de educación igual para todos y libre mercado de trabajo.

El problema de fondo, en resumen, que se encuentra en el desempleo de la mujer, tiene el mismo origen que el problema del desempleo en general, y no consiste sólo en si hay más o menos inversiones, más o menos impuestos, o dinero más caro o más barato - todo lo cual, desde luego, es muy importante en general y en el contexto de la situación presente-, sino en algo tan simple como que la economía no mira al ser humano, sino a la riqueza. O, para decirlo en términos de la lógica clásica, mira a la riqueza *in recto*, y al ser humano *in obliquo*, cuando debería hacer lo contrario, incluso para conseguir más ri-

queza. En efecto, si todos trabajan a gusto y son respetados y considerados, el rendimiento general aumenta. Es verdad, con todo, que es más difícil de hacer y que es quizá, menos beneficioso comparativamente para algunos.

Son pocos los que se plantean que si no nacen niños, si la población es escasa, o nacen algunos pero no son suficientemente educados por sus padres -que no tienen tiempo para ello- las consecuencias económicas son muy graves: habrá que importar población con costumbres y modos de vida diferentes, que tienen que aprender y adaptarse. Si se suman pérdidas y gastos de "aclimatación" el resultado económico negativo es patente.

Pero mucho más dura es la pérdida social y personal. Aparece una sociedad triste y egoísta, en la que no se descubre la belleza del vivir. La gente ya no va -como se hacía en tiempos pasados y nos recuerda Charles Péguy- a trabajar cantando.

Así pues, la cuestión esencial relativa al trabajo de la mujer no está en si ella tiene o va a ocupar más o menos

puestos de trabajo. En este punto, como queda dicho, debería reinar la libertad y el respeto en el mercado de trabajo. La cuestión está en que la sociedad comprenda que la presencia de *lo femenino* y de *lo maternal* -lo cual no es exactamente lo mismo que la presencia profesional de la mujer- son necesarias incluso para la buena marcha del sistema económico.

Y algo análogo cabría decir con respecto a los jubilados. Se sostiene que son interesantes para la economía porque contribuyen a ella mediante el consumo, pero eso es, de nuevo, un cierto sarcasmo. Al parecer, ahora hay seres humanos que más que personas o ciudadanos, son *consumidores*. No hace falta insistir sobre la pérdida de fuerzas de trabajo, la desestabilización psicológica y los costos económicos de un proceso así.



En resumen, lo que aquí se quiere decir es: el problema radical del empleo es, primariamente, de concepción social y antropológica. No hace falta que todos tengan empleo. Puede ser incluso un *error estructural* la idea de *pleno em-*

pleo. Con el pleno empleo la sociedad no puede funcionar, porque en ella se necesitan muchos trabajos que no son estrictamente empleos.

Se precisa cambiar la filosofía social y la antropología filosófica hoy en uso. Hemos ganado, en los siglos modernos, la idea de que el trabajo no es algo secundario, ni un puro entretenimiento para no estar ocioso. Así como las personas que *entran en religión* se tomaban con seriedad profunda su nueva vida, y por ello se decía que *profesaban* en una orden o congregación, etc., el trabajo es ahora plenamente profesional, y se hace con dedicación interior. Y esto, como queda dicho, es una ganancia.

Por ello, cuando se dice aquí que es preciso dibujar una sociedad en la que no todos sean empleados, no se sostiene la tesis de que esos no empleados hayan de trabajar menos o con menos seriedad profesional. Eso es lo que sucede hoy frecuentemente con las personas que viven de pensiones, rentas, etc. Parece que el espíritu profesional sólo pudiera alcanzar a los empleados. Pero es preciso tener en cuenta que *la profesionalidad es*

un espíritu, mientras que el empleo es una situación administrativa. Hay empleados poco profesionales, o profesionales a disgusto, y -por el contrario- no empleados que trabajan con espíritu profesional, aunque estos abundan menos.

Se ha repetido en los tratados de economía que esta ciencia se ocupaba de la distribución y asignación de los bienes *escasos*. En sentido metafísico los bienes siempre serán escasos para el hombre, pues el ser humano es insaciable. Pero en sentido económico, hoy sobran o podrían sobrar, bienes; la capacidad de producción es potencialmente inmensa. La economía es hoy más bien la ciencia de cómo crear empleo y cómo suscitar trabajo profesional para todos.



La situación actual en Occidente en lo que se refiere a los últimos aspectos aquí tratados se muestra bien a través del fenómeno de las ONGs.

Lo primero que salta a la vista es el estatalismo que invade pacíficamente el ambiente de los llamados países libres. Estas organizaciones, que integran a un número grande y creciente de personas

que quieren trabajar a pesar de que muchos de ellos no tienen empleo, pero sí medios económicos, son denominados “no gubernamentales, o no estatales”. Al parecer, en la sociedad libre o eres estatal o has de tener una denominación meramente negativa. Se ha perdido la conciencia de que, más bien, el Estado (el Gobierno) es una más entre las instituciones de la sociedad, aunque sin duda de una importancia relevante.

Es el Estado, hoy día, quien encarna la soberanía popular; ésta, a su vez, quiere el bien de ella misma, del pueblo, y, por eso, el Estado se ocupa -cada vez más- de todas las atenciones y ayudas sociales. Si a alguien se le ocurre trabajar en estos campos benéficos, entra en el campo propio del Estado -en competencia con él-, y por eso éste graciosamente se lo permite, poniéndole la etiqueta de no gubernamental. La Iglesia, por ejemplo, durante siglos la institución que más beneficencia ha realizado, es hoy *de facto* socialmente en muchos países algo así como una ONG. Pero también de facto, cada familia que tiene a su cuidado varios niños y los abuelos, es una ONG. Y, sin

embargo, una madre ama de casa trabaja más, con más profesionalidad -en el sentido en que aquí se usa esa expresión- y es más útil a la sociedad que muchos empleados. Pero ella puede no serlo. Y lo mismo muchas otras personas del ámbito de la Iglesia.

Es muy posible que el sistema capitalista vuelva a ser capaz de crear muchos empleos. Lo ha hecho otras veces, y ya lo está haciendo de nuevo. Pero esto no va a solucionar el fondo del problema. Este se debe enfrentar con la idea de que es menester organizar la sociedad de tal manera que la distribución de recursos sea buena y que todos trabajen, a ser posible con espíritu profesional, pero que no hace falta que todos tengan un *empleo* en el sentido que éste tenía en la sociedad industrial. Lo que hace falta es que todos tengan medios económicos y que se respete la dignidad del *trabajo* de cada uno. Que se acepte como necesario, pues de hecho lo es, para el buen funcionamiento de la economía.

Vivificar la sociedad civil implica impulsar más espíritu emprendedor, conseguir que haya más personas con menta-

lidad de *dar ellos empleo*, y no esperar que alguien se lo dé. Esto, que en América es substancial, falta mucho más en Europa. Pero, y con esto se alude al último punto antes señalado, se precisa más.

Hace falta el líder con espíritu, algunos de cuyos rasgos distintivos podrían ser:

- a) El tener como prioridad el *bien común*;
- b) el esforzarse por crear trabajo y empleo;

c) el buscar un *lugar adecuado* para cada persona;

d) el impulsar el espíritu empresarial;

e) el comprender la necesidad de mejorar la estructura social y de introducir una nueva mentalidad en la que el amor al trabajo traiga consigo el profundo respeto a la tarea de cada uno;

f) el tener la capacidad de equilibrar la solidaridad y una cierta igualdad con la libertad y la autoridad.